

La vorágine: paramilitarismo antes del paramilitarismo

Este artículo considera el orden de la acumulación en La vorágine y entiende el entramado de individuos armados que lo sostiene como paramilitares, cuestionando así la narrativa del paramilitarismo como fenómeno reciente. Propone que los paramilitares de principios del siglo XX lucharon una guerra perpetua contra un enemigo absoluto, y que La vorágine desvela el horror paramilitar sobre el que el Estado nación moderno colombiano se establece. Sostiene que, en su denuncia de los crímenes del Putumayo, la novela llama al Estado a luchar una guerra similar a la paramilitar: por la expropiación y la explotación de la tierra.

Palabras clave: José Eustasio Rivera, *La vorágine*, paramilitarismo, expropiación de la tierra, Colombia

This article considers the order of accumulation in La vorágine and understands the infrastructure of armed individuals that sustains it as paramilitaries, thus questioning the narrative that sees paramilitarism as a recent phenomenon. It claims that paramilitaries from the beginning of the twentieth century fought a perpetual war against an absolute enemy, and that Rivera's novel unveils the paramilitary horror upon which the modern Colombian nation-state is established. It maintains that the novel, in its denunciation of the horrors of the Putumayo, calls for the state to wage a paramilitary war for the expropriation and exploitation of natural resources.

Keywords: José Eustasio Rivera, *La vorágine*, paramilitarism, land expropriation, Colombia

El viaje de Cova en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera tiene como trasfondo el orden de la acumulación sostenido por grupos de hombres armados que se pueden considerar como una versión de paramilitarismo antes del paramilitarismo reciente en Colombia. Ambos el orden y sus agentes son visibles en los intersticios de la acción principal: en los personajes secundarios y en los cálculos que todos los personajes realizan con respecto a si pueden o no transitar el espacio colmado de límites. Los personajes corren aquí el riesgo constante de ser tildados como enemigos, esclavizados o eliminados. Esto, porque los límites son inestables: dependen

de una lucha perpetua por la obtención del monopolio de la violencia (Weber 2), la expropiación de la tierra, la extracción de los recursos naturales y la acumulación del capital. Este orden se refleja a nivel socioeconómico en una jerarquía que está presente en los llanos, pero sobre todo en la selva. Cerca de las barracas del Guaracú, por ejemplo, los indígenas maipureños que viajan junto a Cova se niegan a proseguir por el peligro a quedar en medio de un “fuego cruzado”. Se refieren tanto a la tribu cosmopolita de indígenas prófugos de las caucherías que huyen de las “patrullas armadas” que los persiguen – presuntamente para re-esclavizarlos – como al fábrica de los guayaneses (o barracas de Cayeno), en el que se trata a cualquiera que se aparezca allí como prófugo/enemigo, y se lo esclaviza de por vida en la extracción del caucho (Rivera, *Vorágine* 231). En otra instancia, Clemente Silva confirma lo anterior al sugerir que el grupo debe idear una estrategia para desplazarse, pues existen ciertas “guarniciones” que hacen cumplir las “leyes de la región”: “un convenio riguroso, por el cual se comprometen los empresarios a prender a todo individuo que no justifique su procedencia o que presente el pasaporte sin la constancia de que pagó lo que debía y fue dado libre por su patrón” (250-51). Ambos ejemplos aluden a un entramado bélico que se superpone al territorio de la cuenca del Amazonas, un campo de guerra conformado por sujetos organizados que luchan la guerra por la acumulación.

Leída a contrapelo, es posible ver que *La vorágine* está colmada de sujetos armados casi invisibles, eclipsados por la acción principal, que poseen el monopolio de la violencia, y que lo emplean en función de procurar la expropiación de la tierra y el aseguramiento de la extracción del caucho. Son sujetos que, de hecho, están a lo largo de toda la cadena de la acumulación cartografiada por la novela, y no tan sólo en el enclave cauchero de la Casa Arana. Aunque no menciona directamente a los muchachos de confianza, el ejército armado de Arana, el texto de Rivera revela que ellos no son los únicos, que la frontera extractiva de la nación es un campo de guerra por el capital. Muestra, además, un tipo de soldado que lucha por fuera de los límites de la guerra interestatal, de manera constante y contra todo aquel que se interponga en su camino hacia la acumulación. El “centinela” o el “gendarme” de la novela de Rivera, el muchacho de Arana, resuena con el paramilitarismo actual en Colombia, y lo deja ver más allá de su enemistad con las guerrillas y de su carácter de fenómeno actual. Leída desde el presente, *La vorágine* abre la posibilidad para pensar un paramilitarismo antes del paramilitarismo reciente, que – en estrecha relación con los poseedores de la tierra del país, terratenientes o transnacionales, y delineando su guerra de acuerdo con tal vínculo – lucha una guerra *ofensiva*. Una guerra similar a la del muchacho de confianza,

quien no defiende territorio o comunidad alguna, pues precisa del despojo para el fin de la acumulación.

Pero al tiempo que *La vorágine* deja ver estos ejércitos armados y pretende denunciar los horrores alrededor de la producción del caucho en el Amazonas, omite hablar directamente de los muchachos de confianza. En cambio, la novela victimiza y despoja de agencia a los sujetos involucrados en la violencia a través de una retórica del caos (anomia) que afecta la voluntad del hombre. Aquí se propone que su denuncia extemporánea se realiza para convocar el (*nomos*) orden soberano del Estado. Es decir, el texto se configura como un llamado a que el Estado libre la lucha por la acumulación del capital y sea, así mismo, el beneficiario de tal lucha. *La vorágine* sería entonces tanto un relato de la guerra por la acumulación, como un llamado a librar esa misma guerra. Teniendo en cuenta la lectura que hace Doris Sommer en la que considera *La vorágine* como una novela de fundación nacional, aquí se sugiere que el texto de Rivera, más que un *romance*, se inscribe dentro del proyecto violento de fundación de la nación al silenciar y tergiversar el horror sobre el que se sostiene el Estado nación moderno. *La vorágine* deja pensar cómo los pilares de la nación moderna colombiana se consolidan en un orden bélico paramilitar, otra iteración de la acumulación primitiva (Marx 373-75).

MILITARIZACIÓN DE LA CADENA DE ACUMULACIÓN

La vorágine elabora una cartografía del proceso extractivo de acumulación de capital – por gran parte del territorio colombiano – que va del enganche de la mano de obra al transporte de la misma, y que pasa por la extracción de la goma a su traslado y acumulación. Como la crítica ha anotado, la complejidad de la novela reside en su exceso de registros retóricos, espacios, historias y personajes, que contribuyen a que el lector se pierda en la vorágine de la narración o, como diría Silvia Molloy, en la palabra enferma de Cova que, en el nivel de enunciación, contagia a la novela misma (495). El rastreo de la cadena del capital no está exento de tal confusión: está narrado desde la perspectiva de diferentes personajes, y en diferentes espacios y temporalidades, pero hay una constante y es la presencia de sujetos armados, cuya función es asegurar, a través de la violencia, la continuación de la acumulación. Se trata de personajes muy secundarios, que algunas veces se llaman “vigilantes” o “centinelas”, otras “capataces” o “gendarmes”, y que hacen pensar en el territorio representado por la novela como un espacio militarizado. Son tan secundarios y marginales a la acción principal que parecen invisibles, y así han permanecido también para la crítica. Una mirada atenta demuestra que su presencia recurrente verbaliza una infraestructura bélica sobre la que se sostiene el edificio del capital.

El campo de guerra por la acumulación se anuncia desde el principio de la novela. Don Rafo, un comerciante que recorre la zona vendiendo productos al detal, llega a la hacienda La Maporita a ofrecer su mercancía, y en seguida es amenazado y señalado como enemigo por los “centinelas” de Narciso Barrera. Armados con rifles Winchester, estos prohíben al viejo hacer negocios en el Casanare. Barrera, un negociante que se desplaza por la zona extractiva entre los llanos y la selva amazónica, se asegura así de eliminar la competencia, de ser el único proveedor de la zona, y de que su negocio de productos al detal le sirva como medio para enganchar mano de obra para la extracción de la goma en la selva. Los peones de las haciendas ganaderas piensan que los bajos precios de su mercancía y su abundancia son resultado del éxito de Barrera en las caucherías. Y aunque los precios más altos de los productos manufacturados de Don Rafo no compiten con los de Barrera, este último emplea la violencia a través de sus hombres armados para asegurarse el monopolio en la zona.

El enganche se introduce a través de dos enganchados: Griselda y Helí Mesa. Como un proceso de encantamiento, el relato de Griselda cuenta cómo Barrera atrae a los peones de las haciendas ganaderas, y Helí Mesa se refiere a cuando el encantamiento se rompe: el momento en el que entran en la acción unos “centinelas”. Los enganchados se embarcan hacia el sur del país celebrando su pronta riqueza, hasta que, junto con otros 15 “centinelas”, Palomo y Matabaco abordan su barco bajo la excusa de que han invadido territorio venezolano. Los requisan, les quitan sus armas, los encadenan, los someten a tratos horrorosos y los convierten en los próximos esclavos de las caucherías del Amazonas (Rivera, *Vorágine* 220). La razón de la violación de la soberanía venezolana es una farsa, pues estos son “centinelas” de Barrera, pero, como se verá adelante, la novela hace pensar así cómo la violencia que sostiene la explotación del caucho de las empresas privadas en el Amazonas no difiere de las intenciones de colonización e inclusión de las fronteras extractivas, esenciales para la consolidación de los Estados nación de principios del siglo XX.

La llegada a las caucherías del Putumayo y el trabajo en ellas en el noroccidente amazónico y en el límite en disputa entre Colombia y Perú son narrados por Clemente Silva, quien, esclavizado por cerca de 16 años, es testigo de las vejaciones cometidas contra los esclavos por múltiples “capataces” o “centinelas” de la empresa de Arana. Y aunque tanto *La vorágine* como una gran parte de la crítica terminan por privilegiar la versión de que el horror en las caucherías se debe a que la selva enemiga embiste violentamente al ser humano, el relato de Arturo Cova, sobre su paso por las barracas del Guaracú en el Brasil, revela cómo, para la existencia de los enclaves de extracción, estos hombres armados son

importantes. Cova no es esclavo, pero es testigo de cómo dos de estos hombres armados, Cayeno y Argentino, insultan y amenazan con latigazos a los esclavos que recolectan la goma. Además, cuenta cómo “cazan” indígenas en otras zonas para aumentar el número de sus trabajadores (Rivera, *Vorágine* 346), montan guarniciones para prevenir la fuga de los peones y roban el caucho y las tierras de otros, especialmente las de Funes en el límite entre Colombia y Venezuela. Cuando Cova se encuentra por primera vez con Silva, este le hace saber que los cadáveres desnudos vistos por el primero – colgados de sus mandíbulas a unas palmas por medio de alambres de púas – son restos de la guerra entre Funes y Cayeno. Este último, dice Silva, “Trajo desde el Isana veinticinco hombres y asaltó a los navegantes ... Unos secuaces del coronel, que venían de San Fernando a robar caucho y cazar indios. Todos murieron. Y es costumbre colgarlos para escarmiento de los demás” (242).

MUCHACHOS DE CONFIANZA, PIPA Y PARAMILITARES: GUERRA PERPETUA, ENEMIGO ABSOLUTO

Se puede pensar que estos “capataces”, “centinelas” y demás tienen un referente histórico: los llamados muchachos de confianza de la Casa Arana/Peruvian Amazon Company, el eje de control de la empresa cauchera, según Michael Taussig (*Shamanism* 122).¹ Estos eran los escuadrones de jóvenes indígenas armados con rifles Winchester – como los centinelas de Barrera y la pandilla del coronel Funes – que facilitaban la explotación del caucho por parte del empresario peruano Julio César Arana. Despojaban a los nativos de sus tierras, robaban la goma extraída por esclavos de otros enclaves y “cazaban” más indígenas para esclavizarlos, a los más viejos, o entrenarlos como los próximos muchachos, a los más jóvenes. Los muchachos tenían una posición intermedia entre el indígena “salvaje” y el blanco/mestizo, su estatus era considerado por los empresarios/colonizadores como una “promoción” (Casement, et al. 84). De hecho, se hablaba de ellos como semi-civilizados o semi-rationales. La realidad, sin embargo, es que su ascenso se medía de acuerdo con su capacidad de ejecutar la violencia. Cuando Roger Casement y el mismo Arana se refieren a estos, lo hacen a través del lente de las armas. Casement describe que en la zona apropiada por la compañía la tenencia de armas estaba reservada a los “civilizadores hombres blancos”, no a los “indios salvajes”, a excepción de los “cholitos” – que “eran entrenados para oprimir a sus congéneres en beneficio de los ‘caucheros’” (84). Y en el juicio a su empresa, Arana confirma que antes no era posible dar armas a los indígenas, pero que ahora se podía proveer de rifles a los más confiables y civilizados (Great Britain 470).

La “promoción” en la jerarquía de las caucherías era una ficción que escondía la realidad del subalterno que es empleado en la subalternización de sus iguales. Los muchachos, dice Taussig, mediaban los relatos del horror del salvaje que, a su vez, mediaban el terror que justificaba la violencia y la dominación de los blancos sobre los nativos (*Shamanism* 121-23). En los muchachos se repite el proceso de subalternización esencial a la historia del despojo colonial del continente: el sujeto que, al margen de la narrativa del progreso, la civilización y la modernidad del Estado nación o de la empresa extractiva transnacional es, sin embargo, integrado dentro de la hegemonía, pero solo en tanto ello permite la expansión del desarrollo capitalista (Williams 28).

Para el momento de su visita, Casement calcula que esta “fuerza armada” se componía de 200 sujetos (87). Pero, como deja entrever *La vorágine* – aunque nunca hable de manera explícita de los muchachos de confianza, ni tampoco ahonde en el hecho de que hay indígenas que son empleados como los victimarios de los horrores que denuncia – los crímenes del Putumayo no fueron un caso aislado, los muchachos no eran los únicos sujetos armados, y la empresa de Arana no era exclusiva de la zona ni la más importante en cuanto a la producción de goma. Otros enclaves caucheros se extendían sin importar los límites nacionales y funcionaban bajo el mismo orden de violencia ejercida por grupos de hombres armados similares (Weinstein 11).

En *La vorágine*, Ramiro Estévez, esclavizado en el Amazonas, cuenta que el coronel Funes lleva a cabo una insurrección económica al apropiarse del monopolio del caucho del gobernador de San Fernando de Atapabo, un pueblo venezolano en la frontera con Colombia, y masacra a la mayoría de sus habitantes. Los “gendarmes” del coronel, armados también con rifles Winchester, celebran lo que en la realidad se conoció como La Funera, ocurrida en 1913, así: “¡Viva el coronel Funes! ¡Abajo los impuestos! ¡Viva el comercio libre!” (Rivera, *Vorágine* 351). En los días posteriores, Funes sigue exterminando a todo el que signifique competencia, incluso a sus mismos cómplices. Y aquellos a los que les permite vivir sobreviven en el horror, el miedo, el silencio y la traición. Bajo esta “lógica”, continúa la novela, el terror que imponen sus “gendarmes” colisiona hacia el sur con las intenciones de expansión de Cayeno, quien se fue moviendo desde los raudales del Guaracú en el Brasil hacia el norte, “sin cambiarle el nombre a la empresa, hasta situarse en el istmo de Papunagua para ejercer dominio del Inírida, en contra de Funes” (316-17). Estas “tropelías”, como las nombra la novela, no se circunscriben a los hombres de Funes, Cayeno o Arana: “por selvas, ríos y estradas va creciendo la onda del sobresalto, de la conquista, del exterminio” (354-55). *La vorágine* sugiere así no sólo que estas empresas

están también en conflicto con la “lógica” de otros enclaves, sino que una situación similar es posible con la explotación de otros recursos naturales: más “tropelías” que crecen como una onda de conquista y exterminio libradas por escuadrones armados.

Para Roberto Pineda Camacho los muchachos de confianza participaban en el establecimiento de la zona de extracción como un campo de guerra, donde el surgimiento de otra empresa cauchera era considerado un acto de hostilidad (90). *La vorágine* deja entrever este campo de guerra ubicuo en el que se elimina al que se designa como enemigo, y al que no, se lo subsume y domestica dentro de aquella “lógica”. Aquellos que sobreviven son obligados a convivir con los cuerpos, o sus restos, violentamente domados o desechados – torturados, aniquilados, desaparecidos, descuartizados o decapitados. Obligados a sobrevivir con las trazas de un horror que en varias ocasiones permanecen a la vista como un mensaje, como la amenaza constante con que la gramática de estos “centinelas” mantiene el monopolio de la violencia que sostiene el orden de la acumulación del caucho del Amazonas. *La vorágine* parecería verbalizar una guerra hobbesiana, es decir, una guerra de todos contra todos. La anomia previa al contrato que viene con el *nomos* (ley, orden) del Leviatán (Hobbes 109) – una versión que la misma novela hace plausible al sugerir que la crueldad del hombre es irracional, pues es efecto de la selva. Sin embargo, en un nivel más profundo, la novela muestra que los “gendarmes”, “centinelas” y demás conforman un entramado bélico que impone un *nomos*, el orden de la acumulación del capital.² Allí donde confluyen la abundancia de recursos naturales y la empresa por la acumulación, parece mostrar *La vorágine*, hay un campo de guerra militarizado sin posibilidad de tregua alguna.

Los “centinelas” en *La vorágine*, los muchachos de confianza de la Casa Arana/Peruvian Amazon Company, se asemejan a la figura del partisano que Carl Schmitt teoriza. Como este, los muchachos conforman fuerzas armadas al margen del aparato estatal, operando así por fuera de los parámetros del derecho de guerra clásico (Schmitt, *Teoría* 29). Pero es también esta carencia de límites la que los distancia del partisano, específicamente en relación con la guerra que libra cada uno y la enemistad que se desprende de su combate. La guerra del partisano se define por su vínculo *directo* con lo telúrico, y por eso lucha una guerra *defensiva*. Lo que el partisano defiende es su relación con la población autóctona y las condiciones geográficas que la caracterizan (37). El enemigo para el partisano es el que pone en peligro su vínculo telúrico. Porque no se ciñe a la guerra acotada, ni a la enemistad convencional de la guerra interestatal que concibe la tregua, su lucha, dice Schmitt, es perpetua porque su

enemistad es absoluta. La guerra partisana comprende la aniquilación total de su contrincante, pues sin límites no hay posibilidad de interrupción, tregua o paz (99). Es decir, la guerra se torna ubicua y violenta en extremo, y la producción del horror constante. Sin embargo, aquí se sostiene que el hecho de que la guerra del partisano sea de *defensa* de lo propio, indica que posee una idea de lo común y, por lo tanto, de amistad. En ese sentido, ni su guerra es perpetua, ni su enemistad absoluta, ambas tienen un límite: allí donde empieza su vínculo con lo telúrico, su comunidad, su amistad.

Es el muchacho, el “centinela”, en cambio, el que, al carecer de un vínculo con lo telúrico, una idea de amistad, parece sostener una guerra perpetua. Su enemistad, entonces, es absoluta. Uno de los personajes de *La vorágine* que mejor ejemplifica el estar por fuera de los límites y la carencia de amistad es Pipa. Aunque menos anónimo, su marginalidad se manifiesta en el hecho de que también él se halla en los intersticios de la novela: su capacidad mimética y su habilidad para hablar varios idiomas le permite ser diferentes personajes a la vez. También se manifiesta en su oscilación entre las fronteras extractivas de la nación, y en que habita la línea que divide la víctima del victimario. El operar bélico de este personaje, que no se ciñe a un lado en particular pero que se relaciona siempre con un conflicto por la acumulación, permite ver cómo el orden en la cuenca del Amazonas es el de un campo de guerra perpetua en el que el enemigo es cualquiera, y donde no hay espacio para tregua alguna.

Ya desde la primera vez que interviene, al principio del viaje y en la zona de los llanos orientales – en la frontera entre Colombia y Venezuela – la borradura del margen entre amigo y enemigo se hace visible. Se presenta ante Alicia y Cova como un sujeto que vela por la justicia, el comisario Pepe Morillo Nieto, y se convierte en paje de viaje de Alicia. Después, sin embargo, se revela como un desposeído que debe robar y engañar para sobrevivir, y a continuación hurta el caballo de Cova y huye (Rivera, *Vorágine* 84-86). La segunda vez aparece – en el umbral de la selva, su economía extractiva alrededor de la goma, y la frontera con el Brasil – como parte de un grupo de indígenas en constante guerra con los vaqueros. El vaquero que lo captura y violenta lo presenta así: “Miren a este come-ganao, capitán de la guajibera, salteador de las fundaciones, a quien tantas veces hemos corrió” (181). Pipa responde que, por el contrario, es víctima de los indígenas, pide clemencia a Cova y promete devolverle su caballo, a lo que este accede convirtiéndolo en guía para entrar en la selva. No obstante, Pipa confirma luego la versión del vaquero. Después de ser peón en un hato ganadero, de ser condenado a muerte por su “dueño”, y de ser salvado por una tribu de indígenas, vivió:

Errante y desnudo ... en las selvas más de veinte años, como *instructor militar* de las grandes tribus, en el Capanaro y en el Vichada; y como *cauchero*, en el Inírida y en el Vaupés, en el Orinoco y en el Guaviare ... Pero su mayor influencia la ejercía sobre los guahibos, a quienes había perfeccionado en el *arte de las guerrillas*. (197-98; énfasis añadido)

Comisario, ladrón, vaquero, instructor militar de los indígenas y cauchero son labores que se oponen entre sí y que en un mismo personaje contribuyen a desdibujar el límite entre amigo y enemigo. Como instructor de guerra, Pipa asalta con los indígenas las rancherías de otros indígenas y las fundaciones de origen colonial de los vaqueros. Y cada vez que cae preso escapa para volver “al usufructo de las revoltosas capitanías” (197-98). Como un partisano, Pipa parece estar del lado de la resistencia indígena (al menos de las grandes tribus) y en contra de la invasión neocolonial. Sin embargo, la mención de su oficio como cauchero genera dudas con respecto a esta posición.

Pipa huye de nuevo y reaparece preso en Brasil, como parte del “rebaño” que Cayeno ha cazado para aumentar su grupo de esclavos. Al verlo, uno de los peones de Cayeno lo desenmascara como traidor y lo sitúa en la Chorrera, uno de los centros administrativos y de almacenamiento más importantes de la empresa de Arana: “¡Y vos, animal ... sos el Chispita de la Chorrera, el que, rasguñándolos, mataba los indios a su sabor, el que tantas veces me echaba rejo!” (Rivera, *Vorágine* 377). Esta acusación ilumina un momento anterior en la novela en el que Silva se refiere a un capataz ilustrado en lenguas nativas llamado Chispita, que en el enclave de Arana roba los taparrabos de los indígenas para castigarlos por inmorales, los obliga a esconder el caucho para después descubrir el escondite ante el amo, y los araña y asesina con sus uñas afiladas e impregnadas con veneno (278). Los trucos que el Pipa emplea en oposición a Cova, los vaqueros, los colonos, etc., aquí se vuelven en contra de los que se creía, hasta ahora, eran los “suyos”: los indígenas.

La caracterización de Pipa como comisario y ladrón, y como parte de la resistencia indígena y su victimario, desvirtúa la línea divisoria entre adversarios y toda idea de una guerra acotada. Descrito por Don Rafo como un “pirata” – el término que de hecho usa Schmitt para describir a aquel que no se ciñe a ningún límite³ – en el Pipa se evidencian la enemistad absoluta y la guerra perpetua que, entonces, no serían parte de la lucha del partisano. El vínculo de Pipa – y del muchacho – con la tierra es *indirecto*: no resguarda la tierra en sí, sino su condición de ser explotada y empleada para los fines de la acumulación. Es así como su guerra es *ofensiva*, es decir, de expropiación y acumulación, y solo de “defensa” en tanto protege las tierras

incautadas de otros que las puedan robar. Carente de una idea de amistad, la lucha del muchacho admite la designación de cualquiera como enemigo y la aniquilación sin límites del otro. Y aún si se pudiera reducir (y en ese sentido limitar) la enemistad del muchacho a cualquiera que ponga en riesgo la cadena de extracción y de acumulación, es la falta de una idea de amistad la que hace que incluso esos límites de la enemistad se borren y esta última se vuelva absoluta, y su guerra constante, sin posibilidad alguna de pausa, acuerdo, o paz.

Distante, en últimas, del partisano, el muchacho de Arana o el “gendarme” de *La vorágine* resuena más con el paramilitar contemporáneo colombiano. Si bien es cierto que en Colombia el paramilitarismo ha sido contrainsurgente, no se puede desconocer que hay algo que rebasa el límite conceptual y temporal fijado por la definición que se centra en la enemistad contra las guerrillas desde los años 80. Y los muchachos de confianza, los “centinelas” y los “gendarmes” de *La vorágine* permiten ver al paramilitar con una lente diferente a la de la contrainsurgencia, una que destaca su lucha como una guerra por la acumulación del capital y que, por lo tanto, hace posible preguntarse si se puede hablar de un paramilitarismo antes del paramilitarismo iniciado en los 80.⁴ Este cambio de lente admite, también, preguntas como: ¿qué fue primero, la guerrilla o el paramilitarismo?; ¿es la guerrilla, en parte, una respuesta al paramilitarismo?; ¿son los muchachos de confianza un paramilitarismo temprano? Finalmente, si *La vorágine* como novela de fundación nacional devela un entramado bélico por la acumulación del capital, ¿es posible sostener que revela también al paramilitarismo como uno de los pilares sobre los que se sostiene el Estado nación colombiano?

El paramilitarismo surgió a principios de los años 80 cuando, ante la ineficacia del Estado en la conservación y ejecución del monopolio de la violencia, civiles decidieron tomar las armas en contra de las guerrillas de izquierda – quienes, luchando por una división más equitativa de la tierra desde mediados de siglo, concentraron sus ataques, primero, en grandes terratenientes y transnacionales, y después en pequeños granjeros y terratenientes (Ronderos 32). Finqueros y mafiosos respondieron en 1982 creando uno de los primeros grupos, Muerte A Secuestradores (MAS), que eliminó guerrilleros, pero también a sus familiares no combatientes (Reyes Posada 86). Reproduciendo este modo de operar, grupos posteriores fijaron como blanco a la población civil, eliminándola a través de “limpiezas”⁵ – masacres masivas o asesinatos selectivos – e infundieron así el horror en los sobrevivientes (Chernick 29). Latifundistas, comerciantes, narcotraficantes y transnacionales financiaron su guerra a cambio de seguridad privada; políticos prestaron su apoyo para que eliminaran a la Unión Patriótica – el

partido de los guerrilleros desmovilizados en 1985 – y militares apoyaron sus incursiones bélicas con el fin de mejorar su imagen ante el descreimiento nacional e internacional con respecto a su defensa del orden al interior de la nación. En los 90 se crearon las Convivir, cooperativas de seguridad privada que se dedicaron a recolectar información sobre actividades delictivas y conductas que consideraban incorrectas (Romero 36). Y en 1997 se consolidaron, como una fuerza nacional bajo una misma vocería, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) (León 306). Sin embargo, ante la presión por los horrores que dejaron a su paso, en 2003 se desmovilizaron gracias al gobierno de Álvaro Uribe Vélez y la “Ley de Justicia y Paz”, que más que una transición a la paz fue una transacción del estatus jurídico de los paramilitares (Grajales 157). De hecho, en 2006, se reveló la “parapolítica”: su intervención en la política regional y nacional.

A pesar de su desmonte, de la extradición de algunos jefes paramilitares a Estados Unidos, y de la desmovilización de las guerrillas de las FARC en el 2016, es decir, de algo cercano al fin de su enemigo, en la actualidad paramilitares siguen ejerciendo el terror. Continúan desplazando a la población civil y cometiendo ejecuciones selectivas – notablemente de líderes ambientales y sociales indígenas y afrodescendientes, de activistas y defensores de derechos humanos en general, y de guerrilleros desmovilizados (Coordinación, et al. 10). Se trata de los mandos medios o bajos de las AUC que no acumularon el mismo capital que los altos mandos, y que no obtuvieron los mismos incentivos para alejarse de las armas (Grajales 188). Así, han tomado el control de diversas zonas alrededor del país y sometido a los campesinos reclamantes de tierras – en especial en el occidente, área estratégica por su salida al mar (Duzán). Han hecho todo esto con el fin de hacerse dueños de las rutas de transporte e insumos de las drogas ilegales, o de convertirse en el ejército privado de los narcotraficantes (Grajales 188). Un episodio reciente, la toma paramilitar de Bojayá, Chocó, el 31 de diciembre de 2019, revivió la masacre de 98 personas sitiadas en medio de un combate entre paramilitares y guerrillas, en el 2002, en el mismo pueblo (Grupo 26). Actualmente, los (X)paramilitares, como los llama Michael Taussig – pues son “ex”, pero no realmente – operan como “proveedores de terror” alrededor del narcotráfico, la minería y los monocultivos como la palma africana (*Palma* 4).

Esta breve historia del paramilitarismo reciente deja ver que en los más de cuarenta años de su existencia siempre ha habido algo que desborda el límite que conforma la enemistad con la guerrilla. Por un lado, su ataque sistemático en contra de civiles sugiere que más que una estrategia de guerra, el asalto a la población civil es un objetivo y que, por lo tanto, su idea de enemigo carece de límites. Por otro, su relación con narcotraficantes,

transnacionales y terratenientes demuestra que su cercanía con los poseedores de la tierra no es arbitraria.⁶ La razón contrainsurgente, de hecho, resulta reductiva y peligrosa porque reproduce y fortalece la hegemonía de las élites gobernantes – que son las mismas que poseen la tierra en Colombia y que basan su economía en prácticas extractivas. Los modos en que las comunidades rurales se relacionan con la tierra que ocupan y su manera de habitarla – y la detención, por mínima que sea, de la máquina de la acumulación por parte de, por ejemplo, sindicatos de trabajadores – difiere de la explotación violenta de los recursos naturales por parte de los dueños de la tierra en el país, y del mismo Estado, en nombre del progreso.⁷ El objetivo anti-insurgente del paramilitarismo, si bien parte de su guerra, se desdibuja: cuando la población civil se vuelve su blanco; cuando las guerrillas se desmovilizan y aquel continúa operando; cuando emplea el monopolio de la violencia para la expropiación y la explotación de la tierra. Como en el caso de los muchachos – un paramilitarismo antes del paramilitarismo – el enemigo del paramilitar reciente es absoluto y su guerra es perpetua.

Expandir conceptual y temporalmente el paramilitarismo permite comprender que no se trata de un fenómeno reciente de contrainsurgencia, sino de la norma que viene con el orden del capital. Su autodenominación como “autodefensas” perpetúa la idea de su contrainsurgencia, legítima en cierto sentido su guerra y el apoyo a estas por parte de ganaderos e inversionistas (Romero 36), y esconde su guerra *ofensiva*. Nombrarlos como paramilitares, por el contrario, permite hablar de aquello que está más allá de la “autodefensa”, e indica, además, su posición al margen del Estado, pero en cercanía al mismo. No solamente es una referencia a la “parapolítica”, sino también a los vínculos estrechos del paramilitarismo con la iteración de la acumulación primitiva, tanto de empresas privadas – la de Arana o Chiquita Brands – como del Estado nación. De hecho, *La vorágine* no sólo deja ver el campo de guerra paramilitarizado sobre el que se sostiene el comercio del caucho. En su invocación al Estado para que intervenga en la frontera extractiva y en su omisión de los muchachos de confianza en su denuncia, *La vorágine* desnuda el carácter de empresa privada con que opera el Estado nación y, por lo tanto, el hecho de que este se sostiene, también, sobre el paramilitarismo.

INVOCAR AL ESTADO A UNA LUCHA PARAMILITAR

La extensa crítica de *La vorágine*, que cumple ya un siglo, ha destacado varias veces su carácter de denuncia: aquella humanitaria – en cierto sentido extemporánea – que se refiere a los horrores cometidos contra los indígenas y mestizos a lo largo de la frontera extractiva y, más

recientemente, una ecológica. Desde la lente de la ecocrítica, se piensa que la novela está en profunda oposición a la lógica extractiva, y que propone una nueva relación dialéctica con la naturaleza basada en el deseo de entenderla y no de dominarla (French 147). También se supone que cuestiona la división tajante entre el ser humano y lo no humano – propia de la racionalidad occidental (Martínez-Pinzón, “Voz” 152-57; Wylie 136-40). Es vista, asimismo, adelantada a su época, como una reflexión cartográfica que condena el reduccionismo de los mapas y reclama la restauración de un conocimiento que incluya a los indígenas, los animales y las plantas (Smith 44-55). Aunque estas valiosas interpretaciones han redefinido la visión contemporánea de la novela, la omisión de los muchachos de confianza en la denuncia de *La vorágine* exige volver al anverso de la lectura ecocrítica, es decir, al discurso antropocéntrico, colonial, estatal y patriarcal inherente a las palabras y las acciones de Arturo Cova, y a la novela misma. Rivera escoge silenciar aquello en lo que se sostiene el mercado del caucho o el progreso/la civilización, en palabras de los empresarios o estadistas. Es decir, oculta el orden violento que en la frontera extractiva de la nación sostiene la acumulación. Urge explorar esta perspectiva si, como se ha mostrado hasta ahora, lo que descubre y encubre a la vez *La vorágine*, como novela de fundación nacional, es lo que *desde el presente* se puede pensar como un paramilitarismo – antes del paramilitarismo – como parte de los cimientos del Estado nación moderno colombiano.

La lectura de Jennifer French de *La vorágine* demuestra que, ante las intenciones imperialistas británicas y estadounidenses de la época, la novela aporta dos respuestas contradictorias. Una anticolonial y anticapitalista que la autora llama “radical”. Y una “liberal”, en la que este artículo profundiza, que contiene un deseo de extender la soberanía nacional sobre la periferia de la nación. French llega a estas dos respuestas a través de una pregunta fundamental: si uno de los impulsos del texto de Rivera es la denuncia de los horrores, razón por la cual se vale en abundancia de los hechos reales documentados por los medios de la época y los libros de Casement, ¿por qué en la novela no se habla nunca de la Peruvian Amazon Company y, por ende, de la injerencia del imperialismo británico tanto en la financiación de los horrores como, después, en la denuncia de los mismos, como ocurrió en la realidad?⁸ Esta pregunta resuena junto a las que se proponen aquí: ¿por qué en su deseo de denuncia *La vorágine* nunca habla de los muchachos de confianza?; ¿por qué si se trata de una fuerza tan esencial para el funcionamiento de la empresa de acumulación, el eje del control de la compañía cauchera, en la novela son casi invisibles? Ambas ausencias indicarían el ocultamiento de los ejes

económico y de la fuerza que sustentan las empresas neocolonizadoras, tanto de los imperios como de los Estados nación modernos.

Una primera respuesta a las preguntas aquí propuestas vería en la forma de la novela una alegoría del Estado nación. En el centro está la historia del escape de Cova y Alicia hacia los llanos, la búsqueda de ella por las selvas de la cuenca amazónica, y la posterior reunión y procreación de los personajes como desenlace – un proyecto de construcción nacional como amalgamación de diferentes zonas y sujetos, como dice Doris Sommer (14). Y en los intersticios de la acción principal están aquellos sujetos que, aunque de poca importancia, y por eso al margen, permiten el desarrollo de la acción principal. Otra respuesta diría que, ante un clima de ansiedad con respecto a la desintegración de la soberanía nacional, y la amenaza de los imperios modernos, existe la necesidad de fortalecer los bordes; incluso, o, al menos, a nivel simbólico. Colombia pierde Panamá en 1903; a finales del siglo XIX y principios del XX son cometidos los horrores del Putumayo – ligados, además, al conflicto de fronteras entre Colombia y Perú que se resuelve a nivel oficial hasta 1922; y también en este año el mismo Rivera es partícipe de la comisión colombiana de límites con Venezuela, que se encargaría de mapear la zona, marcar el borde entre ambas naciones y dar fin a un conflicto iniciado desde 1833. De acuerdo con esta necesidad, French demuestra que Rivera decide contar una versión de los hechos en la que no solo no hay intervención inglesa en el mercado del caucho en el Amazonas, sino que también quien denuncia los horrores, el héroe, no es un inglés sino un colombiano. Dentro de esta lógica, entonces, la omisión de los muchachos de confianza se podría pensar como una manera de reducir la representación de los indígenas/compatriotas a tan solo aquellos que son víctimas, y de darle así más fuerza a la denuncia y a la necesidad de la redención. En otras palabras, para los cálculos de la construcción de la nación no tendría sentido abogar por la inclusión de los victimarios del genocidio del Putumayo.

Sin embargo, en la disimulación de los victimarios por parte de la novela hay también un encubrimiento del hecho de que la crueldad en el Amazonas forma parte de un orden. Es decir, si bien, como se mostró antes, *La vorágine* rastrea el proceso de la cadena de la acumulación con respecto a las caucherías del Amazonas, su indagación se detiene a la hora de hablar de la violencia – que favorece tal cadena – como un monopolio sustentando por los escuadrones armados de los empresarios caucheros del Amazonas. Por esto, la pregunta que surge, entonces, es ¿por qué *La vorágine* calla tal orden de la violencia? Dos elementos de la novela sugieren una respuesta. Por un lado, se tiene el hecho de que el texto escrito por Cova está pensado con un destinatario específico: el gobierno colombiano. A pesar de las críticas al

mismo en varios momentos de la novela, Cova dirige sus denuncias y reclama ayuda de este. Por otro, está la caracterización del espacio a través de los motivos del vacío y el caos. Ambos elementos, como se mostrará enseguida, hacen pensar que *La vorágine* convoca al Estado colombiano para que sea este, y no los otros (Venezuela, Perú o las transnacionales), el que se encargue de la extracción y del orden de la acumulación. Es decir, la novela es una exhortación a que aquél imponga el orden en el caos del Amazonas, a que se apropie del monopolio de la violencia en los márgenes de la nación, y llene ese vacío que la misma novela crea al omitir la mención de los muchachos de confianza.⁹

Tanto Amanda Smith como Alejandro Quin han hablado de cómo *La vorágine* es una extensión no muy sutil de la campaña pública de Rivera para cuestionar al gobierno conservador del momento y sus registros geográficos de la nación (Smith 42). El programa de Cova hace eco del de Rivera, pues este pretende una “intervención correctiva” o “la reconstitución de la relación entre límites y ley como fundamento de la soberanía estatal” (Quin 129-31). Efectivamente, en la novela los personajes critican al gobierno por su ausencia en los márgenes de la nación, como en el caso de Correa (Rivera, *Vorágine* 130); o por su negligencia con respecto a la creación de mapas que no corresponden con la realidad, como Cova, lo que socava la imagen de control geopolítico estatal sobre la periferia, y justifica no sólo la ignorancia de los estadistas con respecto a la nación, sino su indolencia con relación a los crímenes cometidos en su territorio (361). Pero pese a estas críticas, y, aún más, a la reprobación con respecto a la violenta relación del ser humano con la naturaleza – que la ecocrítica ha destacado en la novela – no se puede obviar el hecho de que tanto Rivera como Cova, y otros personajes, tienen siempre en mente la nación ligada al Estado. El programa de Cova, lo ha dicho ya Quin, es operante dentro una lógica estatal (137). Es decir, su crítica va más dirigida al gobierno de turno que a la misma idea de Estado nación.

Esta búsqueda por una respuesta del Estado y su intervención se ve con Silva, quien antes de Cova ya ha intentado ir al consulado de Colombia para solicitar “la libertad de los caucheros esclavizados, la revisión de libros y cuentas en La Chorrera y en El Encanto, la redención de miles de indígenas, el amparo de los colonos, el libre comercio en los caños y ríos” (Rivera, *Vorágine* 282). Y se ve con Cova, quien retoma los propósitos de Silva, pero como no puede desplazarse hasta el consulado, le deja mensajes al Cónsul: en la agencia de vapores de Santa Isabel una carta (380), y en el barracón de Manuel Cardoso el libro en el que consigna todo su viaje, “la historia nuestra, la desolada historia de los caucheros” (383-84). Los paratextos que enmarcan el texto de Cova no sólo hacen claro que Silva encontró el libro y

que cumplió el deseo de Cova de entregárselo al Cónsul, sino que la existencia pública de la novela se debe, de hecho, a la intervención gubernamental. El “Epílogo” comprueba que el Cónsul, cuya existencia se había puesto en duda, sí existe; que está al tanto de la búsqueda de Cova; y que está en contacto con un “Ministro de la nación” al respecto (385). Y el “Prólogo” constata que la labor editorial se ha realizado a pedido del ministro mencionado en el “Epílogo”, y revela que el manuscrito ha llegado gracias a la gestión del Cónsul de Colombia en Manaos (75). *La vorágine* no está interesada en aclarar si el gobierno atiende las demandas de Cova, pero en todo caso no clausura la posibilidad y sugiere, así, que el vacío es susceptible de ser ocupado y ordenado.

Cova y Silva invocan el *nomos* de la soberanía del Estado para redimir a la víctimas del comercio del caucho, lo cual no difiere de la intención redentora del mismo Rivera con la novela. La redención, sin embargo, parece estar más relacionada con el espacio que con razones estructurales económicas y políticas.¹⁰ En *La vorágine* la selva es protagonista y descrita, en primer lugar, como “cárcel” y “laberinto” (Rivera 189). Y porque aprisiona y confunde a quien ingrese, es preciso buscar una forma de “liberarse” de ella. En la selva también se consolida el caos, pues no sólo encarna el desorden, sino que lo genera entre los seres humanos: ella abrumba, infunde la sensación de la imposibilidad de control y devora a los hombres. A nivel conceptual, la selva de *La vorágine* está por fuera de aquel que se invoca: el *nomos* soberano del Estado colombiano. Más allá de los límites del *nomos* – pues el *nomos* puede considerarse como una muralla (Schmitt, *The Nomos* 70) – está todo aquello que es pensado como desordenado, como factible de ser ordenado. Designar el afuera como tal y como carente de orden es un acto que da forma a ese afuera desde un lugar de enunciación, que no es otro que el *nomos*. Designar la anomia desde el *nomos* es declarar la imposición del último sobre el primero. La selva caótica, que afecta al hombre y que por naturaleza es violenta, debe ser territorializada, delimitada, ordenada y sometida por aquél al que se invoca y desde el que se habla: el redentor Estado colombiano.

El tipo de intervención estatal que demanda *La vorágine* es aún más específico cuando la selva se caracteriza como en pie de guerra contra el ser humano. La novela se vale de términos e imágenes bélicas que vuelven la selva tanto un campo de guerra como uno de los combatientes. La “tropa de vegetales” ataca de manera directa: “mientras el cauchero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él. La selva se defiende de sus verdugos, y al fin el hombre resulta vencido” (Rivera, *Vorágine* 244). E indirectamente embiste al hombre al causar la maldad en él. Tanto peones como capataces se convierten en verdugos crueles, codiciosos y traicioneros

los unos de los otros porque “la selva trastorna al hombre, desarrollándoles [sic] los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espinoso y la codicia quema como fiebre” (245). Detrás de su denuncia de los horrores y llamado de ayuda para las víctimas colombianas, en *La vorágine* hay un volver enemigo al espacio y una victimización del hombre; una operación que resta agencia al ser humano, silencia sujetos como los muchachos de confianza, y vuelve a la selva el adversario del hombre. Se podría decir que en su requerimiento del Estado y descripción del espacio la novela sienta las bases discursivas para que la intervención sea de tipo bélica. La ausencia de los muchachos de confianza, además, sugiere que *La vorágine* reclama al Estado su uso del monopolio de la violencia – el mismo detentado por los muchachos que, al no tener espacio en la novela, dejan el espacio abierto para la ejecución del monopolio de la violencia del Estado nación.

Pero ¿el monopolio de la violencia para qué? La denuncia de Clemente Silva, apropiada después por Cova, indicaría que no es sólo para liberar a los caucheros esclavizados, sino también para liberar el “comercio en los caños y ríos” (Rivera, *Vorágine* 282). Es decir, para que el Estado colombiano ocupe el puesto de los empresarios del caucho. Una demanda que no era insensata, cuando en el norte de la nación el Estado hacía ya algo similar. Entre finales del XIX y principios del XX, la República conservadora (1880-1930) incentivaba el desarrollo industrial y agrícola alrededor del café y el banano – atrayendo inversión extranjera y creando incentivos tributarios, concesiones y exenciones para las transnacionales petrolera y bananera (Martínez-Pinzón, “Voz” 141-42; Bucheli 98). Dentro de tal política, cualquiera que significara un riesgo para el progreso material del país era considerado enemigo. Así ocurrió en 1928 con los trabajadores del banano de la United Fruit Company, quienes, designados como el enemigo interno del país por estar en huelga, fueron asesinados por el ejército nacional de Colombia.

La hegemonía conservadora no era indiferente del todo a las fronteras extractivas del resto de la nación, de hecho, tenía un programa de población/apertura de las “fronteras agrarias” – una forma de “empresa de colonización interna” (González Casanova 191). Este consistía en delegar el control económico de los límites a empresarios, y el poder político a gamonales. Y en el sur se dirigió principalmente a la explotación del caucho (Palacios 36). Aunque este proyecto nunca tuvo el mismo alcance para la nación como el del café o el del banano en el norte del país, empresarios y políticos vieron el potencial económico del caucho, incluso antes que Arana. Rafael Reyes, por ejemplo, fue cauchero en el Amazonas años antes de ser presidente de Colombia (1904-1909), y Rivera no fue la excepción. En 1923,

al tiempo que redactaba su novela, le escribía al Ministro de Relaciones Exteriores el “Informe de la Comisión Colombiana de Límites con Venezuela”. Aquí habla del potencial económico del Amazonas; sostiene que la “riqueza nacional” de Colombia se pierde a manos de los extranjeros que nunca han pagado impuestos a Colombia, y anota, también, cómo aprovecha su paso por la frontera extractiva para instruir a los indígenas sobre su identidad colombiana, y “a muchos colonos en los requisitos legales sobre baldíos [y] usufructo de los bosques de la Nación” (46). Como agente del Estado, Rivera es partícipe de una política que barre el terreno para encontrar qué es explotable y, por ende, expropiable, y a quién se debe despojar de su tierra bajo la ficción de la inclusión dentro de la nación. Al subalternizar a los habitantes de las zonas de extracción, al situarlos en la posición inferior de ignorante, víctima o enemigo se abre el camino para instruirlos, salvarlos o neutralizarlos con el fin ulterior de despojarlos y continuar la guerra por la acumulación. O, en otras palabras, se abre camino para incorporar lo que se designa como la anomia dentro del *nomos* o el orden productivo de la nación.

En el mismo año en el que se publica *La vorágine*, Rivera escribe una carta divulgada en el periódico nacional *El Tiempo*, en la que se ve la relación entre sus preocupaciones por la pérdida de la soberanía y la tenencia del monopolio de la violencia. Más específicamente, se nota su inquietud con respecto al alto nivel de preparación de las guarniciones que Perú tiene en sus fronteras. Sin mencionar los muchachos de confianza, pero aludiendo a ellos, da a entender que los asuntos de defensa nacional peruanos están en directa relación con los asuntos económicos privados, al asegurar que de las guarniciones peruanas salen

caucheros de la casa Arana, provistos de carabinas wíchester [sic], que son armas de cacerías en aquellas regiones y en el Brasil, donde tienen comercio libre. Más estos caucheros obedecen a una peculiarísima organización militar, como dependientes de las tropas estacionadas en la Chorrera y El Encanto. Así, pues, quien afirme que los ejércitos del Perú no han invadido comarcas nuestras, sostiene una verdad muy convencional, puesto que los caucheros, aunque sean servidores particulares de un sindicato, cumple un doble fin: el de enriquecerse destruyendo nuestras florestas y el de efectuar ocupaciones territoriales de hecho, que el Perú no desaprovecha. (Rivera, “Las penetraciones” 65)

Para Rivera existe una estrecha relación entre la administración de la frontera, su vigilancia, explotación y expansión. Así, recomienda al gobierno de Colombia que si quiere defender aquellos territorios, en vez de emplear la diplomacia, debe ejecutar una acción efectiva: abrir caminos, establecer

la navegación y fomentar la colonización, entre otros (Rivera, “Las penetraciones” 65).¹¹ Cuando Rivera habla en términos de defender o redimir está pensando en la apropiación, distribución y puesta en producción de la tierra, es decir, en el *nomos* (Schmitt, *The Nomos* 324), y, al tiempo, en el modo de conseguir tal orden a través de la guerra. Es más, en la carta a Henry Ford, cuatro años después de la publicación de *La vorágine*, Rivera continúa pensando en términos bélicos: “la lucha es entre el hombre y la selva” (Rivera, “Carta” 106), entre la civilización y la barbarie. Y agrega sobre la selva,

¿Cuánto tardará la civilización en vencer allí ... hasta afianzar el régimen urbano y la seguridad indispensable? Trascendental batalla van a reñir el dólar avasallador y la naturaleza omnipotente, y será vencedor el que resista mayor tiempo. La selva tropical es como la hiedra mitológica; una vez derribada, hay que descabezarla. (105)

Como continuación de la campaña pública de Rivera, *La vorágine* desvela el horror en el que se funda el Estado nación. Por un lado, al tiempo que omite referirse explícitamente a los muchachos de confianza, deja ver sujetos que los evocan. Y éstos, al perderse dentro de la acción principal, dentro de los intersticios de la narración, hacen pensar que estéticamente la novela sugiere cómo opera el paramilitarismo: en el trasfondo de la novela/nación, la ficción/real, lo legal/ilegal. Por otro, aun cuando la novela denuncia los abusos humanos y ecológicos de la extracción del caucho, *La vorágine* se inscribe dentro del proyecto violento de fundación de la nación a través de su silencio del eje del control de las caucherías, su victimización de los victimarios, su tornar enemigo al espacio y su invocación del Estado – para que se apropie del monopolio de la violencia e imponga el orden de la acumulación en forma de modernización, progreso y civilización. En este desnudar el modo en que el Estado nación opera, a la manera de los enclaves caucheros del Amazonas – estableciendo un campo de guerra – la novela fundacional de Colombia – que más que *romance* es horror – deja pensar en escuadrones paramilitares antes del paramilitarismo reciente, el andamiaje sin el que la narración, la nación y el orden de la explotación no podrían asegurar el orden de la acumulación.

Rhodes College

NOTAS

- 1 Eduardo Neale-Silva ha demostrado que *La vorágine* es un minucioso archivo histórico (316). Tal archivo entreteje la historia ficticia de Cova con hechos

reales alrededor de la explotación del caucho en el Amazonas entre los siglos XIX y XX. Los horrores o crímenes del Putumayo consistieron en las masacres, las torturas y la esclavización a las que fueron sometidos los peones de las empresas caucheras del Amazonas, a propósito de la demanda mundial de caucho por parte de las potencias y sus empresas bélicas de expansión colonial. Los hechos se dieron a conocer en medios ingleses y de Iquitos en 1907, cuando con financiación inglesa la Casa Arana pasó a ser la Peruvian Amazon Company. En 1910 la Oficina de Asuntos Exteriores de Londres envió una comisión encabezada por el cónsul Roger Casement para verificar si los súbditos británicos (196 barbadenses) y los indígenas eran objeto de malos tratos (Casement, et al. 13). Al confirmar los horrores, el gobierno inglés presionó al gobierno peruano para que tomara acción, pero ante su desinterés publicó en 1912 los hallazgos de Casement, llamó a juicio a la Peruvian Amazon Company y la clausuró en 1913. Rivera escribe su novela con la intención – además de poética, “patriótica” y “humanitaria” – de redimir a “esos infelices que tienen la selva por cárcel” (“*Vorágine*” 68). Publicada hasta 1924, sin embargo, resulta anacrónica. Para ese momento los hechos no solo habían sido denunciados y condenados, sino que los círculos políticos e intelectuales colombianos ya estaban al tanto de los mismos (French 119). Es más, el *boom* cauchero ya había decrecido, pues la producción se había trasladado a las colonias inglesas del suroeste asiático. Rivera, no obstante, rememora estos eventos en su novela porque para ese momento Colombia tenía problemas de fronteras con sus vecinos, y Arana seguía teniendo injerencia en el territorio. La presencia de este en la zona se prolongó hasta la década de los años 30 (Martínez-Pinzón, “Potencia” 221).

- 2 Entiendo *nomos* como “la medida que distribuye y divide el suelo del mundo en una ordenación determinada, y, en virtud de ello, representa la forma de la ordenación política, social y religiosa” (Schmitt, *The Nomos* 70).
- 3 En su libro *The Nomos of the Earth*, Schmitt se refiere al pirata a propósito del derecho y su vínculo con la tierra. En la tierra puede haber ordenamiento y asentamiento porque se pueden marcar líneas, se pueden crear divisiones. En el mar, en cambio, esto se dificulta. Antes de la creación de los imperios marítimos, el océano era un campo libre donde no regía ley alguna: “there were no limits, no boundaries, no consecrated sites, no orientations, no law, and no property” (*The Nomos* 43). El pirata era aquel que justamente en este espacio podía hurtar sin mayores consecuencias. Con la creación de los imperios marítimos, sin embargo, hubo cierto ordenamiento del mar. Afuera de este se quedó el pirata, es decir, afuera de la ley. Y, por lo mismo, fue declarado el enemigo común del ser humano.
- 4 Ciertos autores ya han anotado algunos precedentes del paramilitarismo colombiano, pero sin considerar la primera mitad del siglo XX. Raul Zelik, por

ejemplo, habla del contexto geopolítico de los años 60, en el que Estados Unidos facilitó la creación de grupos paramilitares en Latinoamérica con el fin de contrarrestar la insurgencia revolucionaria, y Colombia decretó un permiso para armar a los civiles en 1965 (80-88). Manfredo Koessl habla de los años de la Violencia, entre 1948- 1958, y los “chulavitas” y “los pájaros”, grupos armados conservadores que combatieron contra los liberales (141).

- 5 En mi artículo “Jesús Abad Colorado’s Epidemic Photography. Regarding the Paramilitary Siege on Memory”, he desarrollado la idea de que el término oficial “limpieza” no se ajusta a lo que los paramilitares hacen en Colombia. Yo opto por hablar de su acción como una que deja rastros, muchas veces a propósito. Empleo el término *borradura* pensando en los restos que deja una goma tras borrar el grafito en el papel. La borradura paramilitar, por supuesto, es violenta y sus restos, de la destrucción que ejercen este tipo de soldados, reescriben su historia y la del país (Bernal Benavides 17-19).
- 6 Mauricio Romero en *Paramilitares y autodefensas 1982-2003* (2003) y Jasmin Hristov en *Paramilitarism and Neoliberalism: Violent Systems of Capital Accumulation in Colombia and Beyond* (2014) también ven el paramilitarismo desde la lente de la acumulación de la tierra y el capital.
- 7 Chiquita Brands International, por ejemplo, financió entre 1996 y 2004 a un frente paramilitar con el fin de expulsar a las guerrillas del Urabá. En el proceso asesinó a sindicalistas de la región y desplazó a cientos de personas (Evans).
- 8 Una instancia que French no tiene en cuenta, pero que apoya su pregunta y las que este artículo propone, es la carta que Rivera le escribe a Henry Ford en 1928 – a propósito de que Ford pretende establecer colonias caucheras en el Amazonas – donde habla de los textos que en su momento denunciaron los horrores del Putumayo: el *Libro azul de Inglaterra*, el *Libro blanco de los Estados Unidos de América*, la revista inglesa *Truth* y los periódicos peruanos *La sanción* y *La felpa*. Rivera le recomienda a Ford la lectura de estos textos, incluida su novela, pues los abusos, aunque “han perdido su atracción de escándalo internacional a fuerza de ser comentados, todavía conservan su vitalidad” (“Carta” 108). Rivera, se puede afirmar, tiene conocimiento de los muchachos de confianza, si no en persona, al menos sí a través de las palabras de otros.
- 9 Margarita Serje habla de esto en términos del vacío, o “revés” de la nación, que siempre ha sido un criterio de orden territorial para la apropiación de los territorios necesarios para consolidar la nación (135-66).
- 10 Ericka Beckman cuestiona que la naturaleza sea la culpable de la violencia y menciona lo que se desarrolla aquí: “if there is a law of the jungle identified in *La vorágine*, it is not constituted solely by nature. Instead, the natural world

can be grasped only in interaction with a particular human endeavor: the extraction of cacho" (167).

- II Rivera se opondría así a aquello que anota Alejandro Quin: la autolimitación de la razón gubernamental moderna que frena su intervención y por ello resulta cómplice de la compañía cauchera (137).

OBRAS CITADAS

- BECKMAN, ERICKA. *Capital Fictions: The Literature of Latin American's Export Age*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2012.
- BERNAL BENAVIDES, JUANITA. "Jesús Abad Colorado's Epidemic Photography. Regarding the Paramilitary Siege on Memory." *Journal of Latin American Cultural Studies*, 31:2 (2022): 177-99.
- BUCHELI, MARCELO. *Después de la hojarasca. United Fruit Company en Colombia, 1899-2000*. Bogotá: Uniandes, 2013.
- CASEMENT, ROGER, ET AL. *Libro azul británico. Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo*. Lima: CAAAP, 2012.
- CHERNICK, MARC. "The Paramilitarization of the War in Colombia." *NACLA Report on the Americas* 31.5 (1998): 28-33.
- COORDINACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA MARCHA PATRIÓTICA, ET AL. "Todos los nombres, todos los rostros. Informe de derechos humanos sobre la situación de líderes/as y de defensoras/es de derechos humanos en los territorios." *Indepaz.org.co*. INDEPAZ, 11 Nov. 2018. Web. 3 Feb. 2020.
- DUZÁN, MARÍA JIMENA. "¿Por qué está en auge de nuevo el paramilitarismo?" *Semana en vivo*. Semana, 4 Abr. 2016. Web. 4 Ene. 2020.
- EVANS, MICHAEL. "Así actuaron los 13 de Chiquita acusados de crímenes de lesa humanidad de Colombia." *Verdadabierta.com*. Fundación Verdad Abierta. 21 Dic. 2018. Web. 29 May. 2019.
- FRENCH, JENNIFER. *Nature, Neo-Colonialism, and the Spanish American Regional Writers*. Hanover: Dartmouth College P, 2005.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO. *Sociología de la explotación*. Buenos Aires: CLACSO, 2006.
- GRAJALES, JACOBO. "El proceso de desmovilización de los paramilitares en Colombia: entre lo político y lo judicial." *Desafíos* 23.2 (2011): 149-94.
- GREAT BRITAIN. PARLIAMENT. HOUSE OF COMMONS. SELECT COMMITTEE ON PUTUMAYO, AND CHARLES ROBERTS. *Report and Special Report from the Select Committee on Putumayo, together with the Proceedings of the Committee, Minutes of Evidence and Appendices*. London: HMSO; Wyman and Sons, 1913.
- GRUPO DE MEMORIA HISTÓRICA. *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Taurus-Semana, 2010.
- HOBBES, THOMAS. *Leviathan*. Indianapolis: Hackett, 1994.

- HRISTOV, JASMIN. *Paramilitarism and Neoliberalism: Violent Systems of Capital Accumulation in Colombia and Beyond*. London: Pluto, 2014.
- KOESSL, MANFREDO. *Violencia y habitus. Paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre, 2015.
- LEÓN, JUANITA. *País de plomo. Crónicas de guerra*. Colombia: Aguilar, 2005.
- MARTÍNEZ-PINZÓN, FELIPE. "La voz de los árboles: poesía, fiebre y movilidad en *La vorágine*." *Una cultura de invernadero. Trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Madrid: Iberoamericana, 2016.
- . "La potencia bélica del clima: representaciones de la Amazonía en la guerra con el Perú (1932-1934)." *Entre el humo y la niebla. Guerra y cultura en América Latina*. Eds. Felipe Martínez-Pinzón y Javier Uriarte. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2016. 215-41.
- MARX, KARL. *Capital: A Critique of Political Economy*. Trad. Ben Fowkes. Vol. 1. England: Penguin, 1976.
- MOLLOY, SYLVIA. "Contagio narrativo y gesticulación retórica en *La vorágine*." *La vorágine. Textos críticos*. Ed. Monserrat Ordóñez. Bogotá: Alianza, 1987. 489-513.
- NEALE-SILVA, EDUARDO. "The Factual Bases of *La vorágine*." *PMLA* 54.1 (1939): 316-31.
- PALACIOS, MARCO. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma, 2003.
- PINEDA CAMACHO, ROBERTO. *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*. Bogotá: Planeta, 2000.
- QUIN, ALEJANDRO. "Trazos de agrimensura: soberanía, límites y rebelión en José Eustasio Rivera." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 42.1 (2017): 123-44.
- REYES POSADA, ALEJANDRO. *Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia*. Bogotá: Norma, 2009.
- RIVERA, JOSÉ EUSTASIO. "Carta a Henry Ford." *José Eustasio Rivera, intelectual. Textos y documentos 1912-1928*. Ed. Hilda Soledad Pachón-Farías. Bogotá: U Nacional de Colombia, 1991. 105-09.
- . "Informe de la Comisión Colombiana de Límites con Venezuela." *José Eustasio Rivera, intelectual. Textos y documentos, 1912-1928*. Ed. Hilda Soledad Pachón-Farías. Bogotá: U Nacional de Colombia, 1991. 41-55.
- . "Las penetraciones peruanas en el Caquetá." *José Eustasio Rivera, intelectual. Textos y documentos 1912-1928*. Ed. Hilda Soledad Pachón-Farías. Bogotá: U Nacional de Colombia, 1991. 62-65.
- . *La vorágine*. Madrid: Cátedra, 2006.
- . "La vorágine y sus críticos." *La vorágine. Textos críticos*. Ed. Monserrat Ordóñez. Bogotá: Alianza, 1987. 63-76.
- ROMERO, MAURICIO. *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 2003.

- RONDEROS, MARÍA TERESA. *Guerras recicladas. Una historia del paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Aguilar, 2014.
- SCHMITT, CARL. *The Nomos of the Earth in the International Law of the Jus Publicum Europaeum*. Trad. G.L. Ulmen. New York: Telos, 2006.
- . *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Trad. Anima Schmitt de Otero. Madrid: Trotta, 2013.
- SERJE, MARGARITA. *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Uniandes, 2011.
- SMITH, AMANDA. *Mapping the Amazon: Literary Geography after the Rubber Boom*. Liverpool: Liverpool UP, 2021.
- SOMMER, DORIS. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: U of California P, 1991.
- TAUSSIG, MICHAEL. *Palma Africana*. Chicago: U of Chicago P, 2018.
- . *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*. Chicago: U of Chicago P, 1991.
- WEBER, MAX. "La política como vocación." *Disenso.info* N.d. N. pag Web. 25 jul. 2014.
- WEINSTEIN, BARBARA. *The Amazonian Rubber Boom, 1850-1920*. Stanford: Stanford UP, 1983.
- WILLIAMS, GARETH. *The Other Side of the Popular: Neoliberalism and Subalternity in Latin America*. Durham: Duke UP, 2002.
- WYLIE, LESLEY. *The Poetics of Plants in Spanish American Literature*. Pittsburgh: U of Pittsburgh P, 2020.
- ZELIK, RAUL. *Paramilitarismo. Violencia y transformación social, política y económica en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre, 2015.